

Lior

Por Gabriel Rozenzon

Esta historia, como tantas, comienza con un libro perdido.

A pesar de que hace ya muchos años nos fuimos de la casa de nuestros padres, mis hermanos y yo dejamos allí varias pertenencias, como quien abandona retazos de vidas pasadas en algún lugar en donde uno sabe que, cuando quiera, los va a volver a encontrar: carpetas con apuntes de la facultad, fotos de antiguas novias, pantalones tres talles más chicos, camisas de estampados inverosímiles, camperas de bolsillos agujereados... Y algunos libros.

El que inspira esta pequeña historia estuvo durante años juntando polvo en el estante alto del escritorio de la habitación que compartía con mi hermano Marcelo. Hasta que una vez fui a buscarlo y ya no estaba. De hecho, este era un libro de poemas en hebreo abandonado por él. Mi limitado conocimiento del idioma me permitía avanzar sólo hasta el final del primer párrafo. Apelando a la memoria, decía más o menos así: *"Lior nació en el kibutz Degania en la mañana del 21 de julio de 1954. Tenía 19 años cuando cayó, en las alturas del Golán, en las primeras horas de la Guerra de Iom Hakipurim"...*

Hasta aquí llegaba mi capacidad de leer esta breve biografía. Luego, se habría un abismo de letras que conocía pero que no lograba hacerlas encajar en un texto con sentido. En la página siguiente, una foto de Lior: cara de chiquilín recién salido del colegio, rulos rebeldes, ojos entrecerrados, mirada soñadora al horizonte y la inconfundible campera "dubón" verde oliva, que en los años `80 fue el ícono de nuestra identidad judía.

Páginas adelante, el libro incomprensible de Lior transcribía algunos poemas que no entendía, salvo uno, que con pequeñas variantes había escuchado en forma de canción. Decía (la traducción es aproximada): "Déjame entrar bajo tu ala / Y sé para mi madre y hermana / Sea tu regazo un refugio para mi cabeza / Nido de mis lejanas plegarias..."

El libro habrá llegado a casa cuando yo tenía doce o trece años. De tanto en tanto lo tomaba y leía lo poco y nada que alcanzaba a entender de un idioma que en otro tiempo llegué a hablar con cierta fluidez. Y miraba la fotografía. Más allá de la distancia, ese Lior detenido en su adolescencia, bien podía haber sido uno más entre mis amigos, o los de mis hermanos, cinco y seis años mayores, que yo admiraba y pretendía emular. Cuando me fui de la casa de mis padres, seguí visitando a Lior, hurgando en su rostro, interrogando sus palabras, royendo la superficie de sus poemas como quien busca una clave. Hasta que misteriosamente, el libro desapareció.

Años más tarde, me encontraba en Israel el *Iom Hazikaron*, el día anterior a *Iom Haatzmaut* (el Día de la Independencia), cuando el país entero se paraliza en memoria de los caídos en las guerras. Eran las diez de la mañana, cuando empezó a ulular una sirena alta, estridente. Todo se detuvo. La gente en la calle, los automovilistas en la ruta cercana. Muchos se pararon junto a sus vehículos, por un minuto infinito. Los israelíes que nos acompañaban, y que conocíamos desde hacía unos pocos días, estaban reconcentrados y taciturnos, encerrados en sus pensamientos y su pesar. Yo miraba la escena con respeto pero, debo confesarlo, sin lograr penetrar en una emoción que deseaba fuese propia, pero que era de los otros... Hasta que vino a mi memoria el libro de Lior y sus poemas indescifrables. En ese medio minuto eterno lo imaginé en la mañana fatídica de su instante final, atónito, herido de muerte, sin encontrar las palabras que tanto amaba para comprender qué le estaba pasando, buscando un ala, un refugio, una madre, una hermana... Y su recuerdo se transformó en nido de mis lejanas plegarias.